

30,000 hombres de infantería, 5000 de caballería y 60 cañones. Se juntaron estas fuerzas desde el 20 al 22 en Lodosa y sus carcanías. Con su movimiento habia de darse la mano otro del cuerpo de Ney, que constaba de mas de 20,000 hombres, cuyo gefe, destrozado que fué el ejército de Extremadura, avanzaba desde Aranda de Duero y el Burgo de Osma á Soria, donde entró el 21. De esta manera trataban los franceses, no solo de impedir al ejército del centro su retirada hácia Madrid, sino tambien de sorprenderle por su flanco y envolverle.

Replégase  
Castaños.

Don Francisco Javier Castaños conservó hasta el 19 su cuartel general en Cintruénigo, y la posición de Calahorra que habia tomado después de las desgracias de Lerín y Logroño. Juzgó entónces prudente replegarse y ocupar una línea desde Tarazona á Tudela, extendiéndose por las márgenes del Queiles, y apoyando su derecha en el Ebro. Sus fuerzas, si se unian con las de Aragón, escasamente ascendian á 41,000 hombres, entre ellos 3700 de caballería. De las últimas estaba la mayor parte en Caparrosso, y rehusaban incorporarse sin expresa orden del general Palafox. Felizmente llegó este á Tudela el 22, y con auencia suya se aproximaron, celebrándose por la noche en dicha ciudad un consejo de guerra. Los Palafoxes opinaron por defender á Aragón, sosteniendo que de ello pendia la seguridad de España. Con mejor acuerdo discurria Castaños en querer arrimarse á las provincias marítimas y meridionales, de cuantiosos recursos; no

cifrándose la defensa del reino en la de una parte suya interior, y por tanto mas difícil de ser socorrida. Nada estaba resuelto, segun acontece en tales consejos, cuando temprano en la mañana hubo aviso de que se descubrian los enemigos del lado de Alfaro.

Apresuradamente tomáronse algunas disposiciones para recibirlos. Don Juan O-neil que con los aragoneses acampaba desde la víspera al otro lado de Tudela, empezó en la madrugada á pasar el puente, ignorándose hasta ahora por qué dejó aquella operacion para tan tarde. Aunque sus batallones tenian obstruidas las calles de la ciudad, poco á poco las evacuaron y se colocaron fuera ordenadamente. Estaba tambien allí la quinta division regida por Don Pedro Roca, y compuesta de valencianos y murcianos. Se colocó esta en las inmediaciones y altura de Santa Bárbara, situada en frente de Tudela yendo á Alfaro. Por la misma parte, y siguiendo la orilla de Ebro, se extendieron algunos aragoneses; pero el mayor número de estos tiró á la izquierda y hácia el espacioso llano de olivos, que termina en el arranque de colinas que ovan á Cascante. Ambas fuerzas reunidas constaban de 20,000 hombres. En el pueblo que acabamos de nombrar estaba ademas la cuarta division de Andalucía con su gefe la Peña, y en Tarazona la segunda del mando de Grimarest con la parte que habia de la primera y tercera. De suerte que la totalidad del ejército se derramaba por el espacio de

Batalla de  
Tudela, 23 de  
noviembre.

cuatro leguas que media entre la última ciudad y la de Tudela.

Aquí se trabó la accion principal con la quinta division y los aragoneses. Los que de estos habian ido por la orilla del rio, repelieron al principio al enemigo, quien luego arremetió contra los del llano, conceptuado centro del ejército español por formar su izquierda las divisiones citadas de Cascante y Tarazona. Los atacó el general Maurice Mathieu sostenido por la caballería de Lefebvre Desnouettes. Los enemigos subiendo abrigados del olivar á una de las colinas en que el centro español se apoyaba, flanqueáronle; pero acudiendo por orden de Castaños Don Juan O-neil á desalojarlos, y prolongando por detras de la altura ocupada un batallon de guardias españólas, se vieron los franceses obligados á retirarse precipitadamente siguiendo los nuestros el alcance. Eran las tres de la tarde y la suerte nos era favorable, á la sazón que el general Morlot rechazando á los aragoneses de la derecha, avanzó orilla del rio hasta Tudela, con lo que la quinta division para no ser envuelta, abandonó la altura é inmediaciones de Santa Bárbara. Tambien entónces reparándose el general Maurice Mathieu y cargando de nuevo, comenzó á flaquear nuestro centro, contra el que dando en aquella ocasion una acometida la caballería de Lefebvre penetró por medio, le desordenó, y aun acabó de desconcertar la derecha revolviendo contra ella. Castaños á la misma hora pensó en dirigirse

adonde estaba la Peña, pero envuelto en el desórden y casi atropellado, se recogió á Borja, punto en que se encontraron varios generales, excepto Don José de Palafox que de mañana se habia ido á Zaragoza.

En tanto que se veia así atacada y deshecha la mitad del ejército español, acometió á la division de la Peña junto á Cascante el general Lagrange, trabóse vivo choque, y tal que herido el último cejó su caballería. Creíanse los españoles victoriosos; pero acudiendo gran golpe de infantería, rehiciéronse los ginetes enemigos, y fué á su vez rechazado la Peña, y forzado á meterse en Cascante. Como espectadoras se habian en Tarazona mantenido las otras fuerzas de Andalucía, y no sabemos á qué achacar la morosidad y tardanza del general Grimarest, quien á pesar de haber para ello recibido temprano orden de Castaños, no se aproximó á Cascante hasta de noche. Todas estas divisiones andaluzas pudieron sin embargo retirarse ordenadamente hácia Borja conservando su artillería. Excitó solamente algun desasosiego el volarse en una ermita un repuesto de pólvora, recelándose que eran enemigos. Fué gran dicha que no viniera de Soria segun pudiera el mariscal Ney. Deteniéndose este allí tres dias para dar descanso á su gente ó por otras causas, dejó á los nuestros libre y franca la retirada.

Perdiéronse en Tudela los almacenes y la artillería del centro y derecha del ejército, quedando 2000 prisioneros y muchos muertos. Pudiera decirse que

esta batalla se dividió en dos separadas acciones, la de Tudela y la de Cascante, sin que los españoles se hubieran concertado ni para la defensa, ni para el ataque. De lo que resulta grave cargo á los caudillos que mandaban, como tambien de que no se emplease una parte considerable de tropas, fuese culpa suya ó de gefes subalternos que no obedecieron. Igualmente quedó cortada, segun veremos despues, una parte de la vanguardia que guiaba el conde de Cartaojal. Cúmulo de desventuras que prueba sobrada imprevision y abandono.

Despues de la batalla las reliquias de los aragoneses, y casi todos los valencianos y murcianos que de ella escaparon, se metieron en Zaragoza, como igualmente los mas de sus gefes. Castaños prosiguió á Calatayud adonde llegó el 25 con el ejército de Andalucía. En persecucion suya entró el mismo dia en Borja el general Maurice Mathieu, y allí se le unió el 26 con su gente el mariscal Ney. Hasta entónces no se habia encontrado en su retirada el ejército español con los franceses. En Calatayud, recibiendo aviso de la junta central de que Napoleón avanzaba á Somosierra, y órden para que Castaños fuese al remedio, juntó este los gefes de las divisiones, y acordaron salir el 27 via de Sigüenza, debiendo hacer espaldas un cuerpo de 5000 hombres de infantería ligera, caballería y artillería, al mando del general Venegas. Luego vino este á las manos con el enemigo. A dos leguas de Calatayud cerca de Bubicra se apostó, segun ór-

Retirada del ejército.

den del general en gefe, para defender el paso y dar tiempo á que se alejasen las divisiones. Con dobladas fuerzas asomó el 29 el general Maurice Mathieu, trabándose desde la mañana hasta las cuatro de la tarde un reñido y sangriento choqué. Se pararon de resultas en su marcha los franceses, y se logró que llegasen salvas á Sigüenza nuestras divisiones. En esta ciudad, destinado el general Castaños á desempeñar otras comisiones, se encargó interinamente del mando del ejército del centro Don Mannel de la Peña. Y por ahora allí le dejarémos para ocuparnos en referir otros acontecimientos de no menor cuantía.

Su llegada á Sigüenza.

La Peña general en gefe.

Derróados ó dispersos los ejércitos de la izquierda, Extremadura y centro, creyó Napoleón poder sin riesgo avanzar á Madrid, mayormente cuando los ingleses estaban léjos para estorbárselo, y no con bastantes fuerzas para osar interponerse entre él y la frontera de Francia. Urgíale entrar en la capital de España, así porque imaginaba ahogar pronto con aquel suceso la insurreccion, como tambien para asombrar á Europa con el terrible y veloz progreso de sus armas.

Corto embarazo se ofrecia ya por delante al cumplimiento de su deseo. La junta central despues de la rota de Burgos habia encargado á Don Tomas de Morla y al marqués de Castelar atendiesen á la defensa de Madrid, y de los pasos de Guadarrama, Fonfria, Navacerrada y Somosierra. Como mas expuesto se cuidó en especial del último punto, en-

viando para guarnecerle á Don Benito San Juan con los cuerpos que habian quedado en Madrid de la primera y tercera division de Andalucía y con otros nuevos, á los que se agregaron reliquias del ejército de Extremadura, en todo 12,000 hombres y algunos cañones. Endeble reparo para contener en su marcha al emperador de los franceses.

Con todo, á fin de asegurarla obró este precavidamente, tomando varias y atentas disposiciones. Mandó á Moncey ir sobre Zaragoza, á Ney continuar en perseguiamiento de Castaños, á Soult tener en respeto al ejército ingles, y á Lefebvre inundar por su derecha la Castilla, extendiéndose hácia Valladolid, Olmedo y Segovia. Dejó consigo la guardia imperial, la reserva y el primer cuerpo del mariscal Victor para penetrar por Somosierra y caer sobre Madrid.

San Juan en Somosierra.

Salió el 28 de Aranda de Duero, y el 29 sentó en Boceguillas su cuartel general. Don Benito San Juan se preparaba á Recibirle. En lo alto del puerto habia levantado aceleradamente algunas obras de campaña, y colocado en Sepúlveda una vanguardia á las órdenes de Don Juan José Sarden. Con ella se encontraron los franceses en la madrugada del 28, acometiéndola 4000 infantes y 1000 caballos. En vano se esforzaron por romperla y hacerse dueños de la posicion que defendia. Al cabo de horas de refriega, se retiraron y dejaron el campo libre á los nuestros; mas de poco sirvió. Temores y voces esparcidas por la malevolencia, forza-

ron á los gefes á replegarse á Segovia en la noche del 29, dejando á San Juan desamparado y solo en Somosierra con el resto de las fuerzas.

Siendo estas escasas, no era aquel paso de tan difícil acceso como se creia. Dominado el camino real hasta lo alto del puerto por montañas laterales que le siguen en sus vueltas y sesgos, y enseñoreada la misma cumbre por cimas mas elevadas, era necesario ó cubrir con tropas ligeras los puntos mas eminentes, ó exponerse, segun sucedió, á que el enemigo flanquease la posicion. Densa niebla encapotaba las fraguras al nacer del 30, en cuya hora atacando á nuestro frente con seis cañones y una numerosa columna el general Senarmont, desprendiéronse otras dos tambien enemigas por derecha é izquierda para atacar nuestros costados. Repelióse con denuedo por el frente la primera embestida, á tiempo que Napoleon llegó al pié de la sierra. Irritado este é impaciente con la resistencia, mandó entónces soltar á escape por la calzada y contra la principal batería española, los lanceros polacos y cazadores de la guardia al mando del general Mont-Brun. Los primeros que acometieron cubrieron el suelo con sus cadáveres, y en una de las cargas quedó gravemente herido de tres balazos Mr. Felipe de Segur, estimable autor de la historia de la campaña de Rusia. Insistiendo de nuevo en atacar la caballería francesa, y á la sazón que sus columnas de derecha é izquierda se habian á favor de la niebla encaramado por los lados, empezaron

Pasan los franceses el puerto.

los nuestros á flaquear abandonando al cabo sus cañones, de que se apoderaron los ginétes enemigos. San Juan queriendo contener el desórden de los suyos, recorrió el campo con tal valor y osadía, que envuelto por lanceros polacos se abrió paso, llegando por trochas y atajos y herido en la cabeza á Segovia, en cuya ciudad se unió á Don José Heredia que juntaba dispersos.

Situacion de la central.

Con semejante desgracia Madrid quedaba descubierta, y el gobierno supremo en sumo riesgo, si de Aranjuez no se transferia en breve á parage seguro. Ya al promediar noviembre y á propuesta de Don Gaspar Melchor de Jovellanos se habia pensado en ello, mas con tal lentitud, que fué menester que el 28 se dijese haber asomado hácia Villarejo partidas enemigas para ocuparse seriamente en el asunto. El compromiso de la junta era grande, y mayor por un incidente ocurrido en aquellos dias. Figurándose el enemigo que con la ruina y descalabros padecidos podria entrarse en acomodamiento, habia convidado por medio de los ministros de José á las autoridades supremas á que se sometiesen y evitasen mayores males con prolongar la resistencia. Al propósito escribieron aquellos tres cartas concebidas en idéntico y literal sentido, una al conde de Floridablanca, y las otras dos al decano del consejo real y al corregidor de Madrid. La central sobremanera indignada, decretó en 24 de noviembre que dichos escritos fuesen quemados por mano del verdugo, declarando infidentes y desleales á sus

Cartas de los ministros de José.

autores, y encargando á la sala de alcaldes la sustanciacion y fallo de la causa. Con lo cual se respondió á la propuesta, é igualmente al decreto de proscripcion de Napoleon, aunque no tan militar ni arbitrariamente. Mas semejante resolucion metiendo á la junta en nuevos comprometimientos, la impelia á atender á su propia seguridad.

Las horas ya eran contadas. El 30 exploradores enemigos se habian divisado en Móstoles, y el 1.º de diciembre muy de mañana súpose lo acaecido en Somosierra. Con afan y temprano el mismo dia congregó el presidente á los individuos de la junta, para que se enterasen de los partes recibidos. Pensóse inmediatamente en abandonar á Aranjuez, pero ántes se encaminaron á la capital los recursos disponibles, se acordaron otras providencias, y se resolvió elegir diferentes vocales que fuesen á inflamar el espíritu de las provincias. Deliberóse en seguida acerca del parage en que el gobierno debería fijar su residencia. Variaron los pareceres, señalóse al fin Badajoz. Para mayor comodidad del viage se dispuso que los individuos de la junta se repartiesen en tandas, y para el fácil despacho de los negocios urgentes se escogió una comision activa, compuesta de los señores Floridablanca, Astorga, Valdes, Jovellanos, Contamina y Garay. Unos en pos de otros salieron todos de Aranjuez en la tarde y noche del 1.º al 2 de diciembre. Apenas con escolta, en medio de tales angustias, tuvieron la dicha de que los pueblos no los molestaran, y de

Abandona la central á Aranjuez.

que los franceses no los alcanzasen y cogiesen. Libres de particular contratiempo, llegaron á Talavera de la Reina, en donde volveremos á encontrarlos.

Situacion de Madrid.

En tanto reinaba en Madrid la mayor agitacion. Don Tomas de Morla y el capitan general de Castilla la Nueva, marqués de Castelar, habian discurrido calmarla, y aun por orden de la central promulgaron edictos que pintaban con amortiguados colores las desgracias sucedidas. Sin embargo, no fué dado por mas tiempo ocultarlas, acudiendo prófugos de todos lados. Alterada á su vista la muchedumbre, se agolpó á casa de Castelar que disfrutaba de la confianza pública, y pidió el 30 de noviembre con gran vocería que se la armase. Así lo prometió, y desde entónces con mayor diligencia y ahinco se atendió á fortificar la capital y distribuir á sus vecinos armas y municiones. Madrid no era en verdad punto defendible, y las obras que se trazaron levantadas atropelladamente, no fueron tampoco de grande ayuda. Redujéronse á unos fosos delante de las fuerzas exteriores, en donde se construyeron baterías á barbeta que artillaban cañones de corto calibre. Se aspillaron las tapias del recinto, abriéndose cortaduras ó zanjás en ciertas calles principales, como la de Alcalá, carrera de San Gerónimo y Atocha. Tambien se desempedrarón muchas de ellas, y acumulándose las piedras en las casas, se parapetaron las ventanas con almo-

hadas y colchones. Todos corrían á trabajar, siendo el entusiasmo general y extremado.

En 1.º de diciembre se confió el gobierno político y militar á una junta que se instaló en la casa de Correos. A su cabeza estaba el duque del Infantado como presidente del consejo real, y eran además individuos el capitan general, el gobernador y corregidor, como tambien varios ministros de los consejos y regidores de la villa. La defensa de la plaza se encargó exclusiva y particularmente á Don Tomas de Morla, que gozaba de concepto de oficial mas inteligente que el gobernador Don Fernando de la Vera y Pantoja. En Madrid no habia sino 300 hombres de guarnicion y dos batallones con un escuadron de nueva leva. Corrió la voz aquel dia de que el enemigo estaba á cinco leguas, y el vecindario léjos de amilanarse, se inflamó con ímpetu atropellado. Repartiéronse 8000 fusiles, chuzos y hasta armas viejas de la armería. Y para guardar órden se citó á todos por la tarde al Prado, desde donde á cada uno debia señalarse destino. Escasearon los cartuchos, y aun para muchos faltaron. Pedíanlos los concurrentes con instancia; mas respondiendo Morla que no los habia, y dentro de algunos habiéndose encontrado en vez de pólvora arena, creció la desconfianza, lanzáronse gritos amenazadores, y todo pronosticaba estrepitosa conmocion.

Habia entendido como regidor el marqués de Perales en la formacion de los cartuchos, y contra él

Muerte del marqués de Perales.

y su mayordomo se empezó á clamar desafortadamente. Este marqués era ántes el ídolo de la plebe madrileña; presumia de imitarla en usos y traheres; con nadie sino con ella se trataba, y aun casi siempre se le veía vestido á su manera con el traje de majo. Pero acusado con razon ó sin ella de haber visitado á Murat y recibido de este obsequios y buen acogimiento, cambiósese el favor de los barrios en ojeriza. Juntóse tambien para su desdicha la ira y zelos de una antigua manceba á quien por otra habia dejado. Tenia el marqués por costumbre escoger sus amigas entre las mugeres mas hermosas y desenfadadas del vulgo, y era la abandonada hija de un carnicero. Para vengar esta lo que reputaba ultrage, no solo dió pábulo al cuento de ser el marqués autor de los cartuchos de arena, sino que tambien inventó haber él mismo pactado con los franceses la entrega de la puerta de Toledo. Sabido es que entre el bajo pueblo nada halla tanto séquito como lo que es infundado y absurdo, y en este caso con mayor facilidad, saliendo de la boca de quien se creia depositaria de los secretos del marqués. Vivía este en la calle de la Magdalena, inmediata al barrio del Avapies (de todos el mas desasegado), y sus vecinos se agolparon á la casa, la allanaron, cosieron al dueño á puñaladas, y puesto sobre una estera le arrastraron por las calles. Tal fué el desastrado fin del marqués de Perales, víctima inocente de la ceguedad y furor popular, pero que ni era general, ni anciano, ni habia nunca

sido mirado como hombre respetable, segun lo afirma cierto historiador ingles, empeñado en desdorar y ennegrecer las cosas de España. La connoçion no fué mas allá: personas de influjo y otros cuidados la sosegaron.

En la mañana del 2 aparecieron sobre las alturas del norte de Madrid las divisiones de dragones de los generales La Tour Maubourg y La Houssaie: ántes solo se habian columbrado partidas sueltas de caballería. A las doce Napoleón mismo llegó á Chamartin y se alojó en la casa de campo del duque del Infantado. Aniversario aquél dia de la batalla de Austerlitz y de su coronacion, se lisonjeaba seria tambien el de su entrada en Madrid. Con semejante esperanza no tardó en presentarse en sus cercanías é intimar por medio del mariscal Bessieres la rendicion á la plaza. Respondióse con desden, y aun corrió peligro de ser atropellado el oficial enviado al efecto. No habia la infantería francesa acabado de llegar, y Napoleón recorriendo los alrededores de la villa meditaba el ataque para el siguiente dia. En este no hubo sino tiroteos de avanzadas y correrías de la caballería enemiga, que detenía, despojaba y á veces mataba á los que inhábiles para la defensa salian de Madrid. Con mas dicha y por ser todavía en la madrugada obscura y nebulosa, pudo alejarse el duque del Infantado, comisionado por la junta permanente para ir hácia Guadalajara en busca del ejército del centro, al que se consideraba cercano. Por la noche el mariscal

Napoleon de  
lante de Ma-  
drid.

de capata  
habia?

Victor hizo levantar baterías contra ciertos puntos, principalmente contra el Retiro: y á las doce de la misma el mariscal Berthier, príncipe de Neufchatel, mayor general del ejército imperial, repitió nueva intimacion, valiéndose de un oficial español prisionero, á la que se tardó algunas horas en contestar.

Ataque de  
Madrid.

Amaneció el 3 cubierto de niebla, la cual disipándose poco á poco, aclaró el dia á las nueve de la mañana, y apareció bellissimo y despejado. Napoleon, preparado el ataque, dirigió su especial conato á apoderarse del Retiro, llamando al propio tiempo la atencion por las puertas del Conde-duque y Fuencarral, hasta la de Recoletos y Alcalá, y colocándose él en persona cerca de la fuente Castellana. Mas barriendo aquella cañada y cerros inmediatos una batería situada en lo alto de la escuela de la veterinaria, cayeron algunos tiros junto al emperador, que diciendo: *Estamos muy cerca*, se alejó lo suficiente para librarse del riesgo. Gobernaba dicha batería un oficial de nombre Vasallo, y con tal acierto, que contuvo á la columna enemiga que queria meterse por la puerta de Recoletos para coger por la espalda la de Alcalá. Los ataques de las otras puertas no fueron por lo general sino simulados, ó no hubo sino ligeras escaramuzas, señalándose en la de los Pozos una cuadrilla de cazadores que se habia apostado en las casas de Brindgas allí contiguas. También hubo entre la del Conde-duque y Fuencarral vivo tiroteo, en los que fué

herido en el pié de una bala el general Maison. Mas el Retiro, cuya eminencia dominando á Madrid es llave de la posicion, fué el verdadero y principal punto atacado. Los franceses ya en tiempo de Murat habian reconocido su importancia. Los generales españoles, fuese descuido ó fatal acaso, no se habian esmerado en fortificarle.

Treinta piezas de artillería dirigidas por el general Senarmont rompieron el fuego contra la tapia oriental. Sus defensores que no eran sino paisanos, y un cuerpo recién levantado á expensas de D. Francisco Mazarredo, resistieron con serenidad, hasta que los fuegos enemigos abrieron un ancho boqueron por donde entraron sus tiradores y la division del general Villatte. Entónces los nuestros decayendo de ánimo, fueron ahuyentados, y los franceses derramándose con celeridad por el Prado, obligaron á los comandantes de las puertas de Recoletos, Alcalá y Atocha á replegarse á las cortaduras de sus respectivas é inmediatas calles. Pero como aquellas habian sido excavadas en la parte mas elevada, quedaron muchas casas y edificios á merced del soldado extranjero que las robó y destruyó. Tocó tan mala suerte á la escuela de mineralogía, calle del Turco, en donde pereció una preciosísima coleccion de minerales de España y América, reunida y arreglada al cabo de años de trabajo y penosa tarea.

La pérdida del Retiro no causó en la poblacion desaliento. En todos los puntos se mantuvieron fir-



mes, y sobre todo, en la calle de Alcalá en donde fué muerto el general francés Bruyere. Castelar en tanto respondió á la segunda intimacion pidiendo una suspension de armas durante el dia 3 para consultar á las demas autoridades y ver las disposiciones del pueblo, sin lo cual nada podia resolver definitivamente. Eran las doce de la mañana cuando llegó esta respuesta al cuartel general frances, é invadido ya el Retiro, desistió Napoleon de proseguir en el ataque, prefiriendo á sus contingencias el medio mas suave y seguro de una capitulacion. Pero para conseguirla, mandó al de Neufchatel que diese á Castelar una réplica amenazadora diciendo: „In-  
„mensa artillería está preparada contra la villa,  
„minadores se disponen para volar sus principales  
„edificios. . . . las columnas ocupan la entrada de  
„las avenidas. . . . mas el emperador siempre gene-  
„roso en el curso de sus victorias, suspende el ata-  
„que hasta las dos. Se concederá á la villa de Ma-  
„drid proteccion y seguridad para los habitantes pa-  
„cíficos, para el culto y sus ministros, en fin, olvi-  
„do de lo pasado. Enarbólese bandera blanca ántes  
„de las dos, y envíense comisionados para tratar.“

Conferencia  
de Morla con  
Napoleon.

La junta establecida en correos mandó cesar el fuego, y envió al cuartel general frances á Don Tomas de Morla y á Don Bernardo Iriarte. Avocáronse estos con el príncipe de Neufchatel, quien los presentó á Napoleon: vista que atemorizó á Morla, hombre de corazon pusilánime, aunque de fiera y africana figura. Napoleon le recibió ásperamente

Echóle en cara su proceder contra los prisioneros franceses de Bailen, sus contestaciones con Dupont, hasta le recordó su conducta en la guerra de 1793 en el Rosellon. Por último dijo: „Vaya usted á  
„Madrid, doy de tiempo para que se me responda de  
„aquí á las seis de la mañana. Y no vuelva usted  
„sino para decirme que el pueblo se ha sometido.  
„De otro modo usted y sus tropas serán pasados  
„por las armas.“

Demudado volvió á Madrid el general Morla, y embarazosamente dió cuenta á la junta de su comision. Tuvo que prestarle ayuda su compañero Iriarte, mas sereno aunque anciano y no militar. Hubo disenso entre los vocales: prevaleció la opinion de la entrega. El marques de Castelar no queriendo ser testigo de ella, partió por la noche, con la poca tropa que habia, camino de Extremadura. También y ántes el vizconde de Gante que mandaba la puerta de Segovia salió subrepticamente del lado del Escorial en busca de San Juan y Heredia.

Capitulacion.

A las seis de la mañana del 4 Don Tomas de Morla y el gobernador Don Fernando de la Vera y Pantoja pasaron al cuartel general enemigo con la minuta de la 1.ª capitulacion. Napoleon la aprobó en todas sus partes con cortísima variacion, si bien se contenian en ella artículos que no hubieran debido entrar en un convenio puramente militar.

El general Belliard despues de las diez del mismo dia, entró en Madrid y tomó sin obstáculo posesion de los puntos principales. Solo en el nuevo cuartel